

LA IMPORTANCIA DE DISTINGUIR ENTRE PATRIARCADO Y MASCULINIDAD:
RELEER LOS CLÁSICOS, BUSCAR ALTERNATIVAS

*THE IMPORTANCE OF DISTINGUISHING BETWEEN PATRIARCHY AND MASCULINITY:
RE-READING THE CLASSICS, SEARCHING FOR ALTERNATIVES*

Sara Martín Alegre
Universitat Autònoma de Barcelona

RESUMEN

Este artículo propone combinar el feminismo con el activismo anti-patriarcal, abandonando posicionamientos esencialistas monolíticos. Por una parte, la relectura de *El Señor de las Moscas* (1954) argumenta que los textos con personajes exclusivamente masculinos deben leerse como reflexiones en torno a la oposición entre la masculinidad patriarcal y otros modelos alternativos, y no como textos sobre la naturaleza humana en general. Los debates suscitados por la reescritura de la novela de Golding usando sólo chicas, piden repensar el patriarcado como construcción atractiva también para las mujeres y opuesta por muchos hombres. Entre ellos se encuentra el activista defensor del derecho de las mujeres a la educación Ziauddin Yousafzai cuyas memorias *Let Her Fly: A Father's Journey and the Fight for Equality* (2018) uso como ejemplo y modelo de la auto-reeducación masculina anti-patriarcal.

Palabras Clave: feminismo, activismo anti-patriarcal, masculinidad, William Golding, *El Señor de las Moscas* (1954), Ziauddin Yousafzai, *Let Her Fly: A Father's Journey and the Fight for Equality* (2018).

ABSTRACT

The following paper proposes that feminism should be combined with anti-patriarchal activism and abandon essentialist, monolithic positions. On the one hand, a new reading of *Lord of the Flies* (1954) is used to argue that the texts with all-male character casts should be read as examinations of the contrast between patriarchal masculinity and other alternative models, and not as portraits of general human nature. The debates elicited by the projects that rewrite this story using exclusively girls demand that we rethink patriarchy as a construct also appealing to women and opposed by many men. Among them we find Ziauddin Yousafzai, an activist and defender of women's right to education. His memoirs *Let Her Fly:*

A Father's Journey and the Fight for Equality (2018) are read here as an example and model of male anti-patriarchal self-re-education.

Keywords: feminism, anti-patriarchal activism, masculinity, William Golding, *Lord of the Flies* (1954), Ziauddin Yousafzai, *Let Her Fly: A Father's Journey and the Fight for Equality* (2018).

SUMARIO

Introducción

1. Releer los clásicos como textos sobre la masculinidad patriarcal: *El Señor de las Moscas*
2. El camino de la auto-liberación: Ziauddin Yousafzai y el activismo anti-patriarcal

Conclusiones

Obras citadas

Introducción

Como podemos observar, la lucha feminista iniciada a finales de los años 60 e inicios de los años 70 está cambiando no sólo las percepciones que las mujeres tienen de sí mismas, sino también las que los hombres tienen de ellos mismos. Sin embargo, pese a los cambios positivos que van erosionando la discriminación contra las mujeres y mejorando la convivencia, sigue habiendo un notable porcentaje de hombres patriarcales que se resisten a cualquier cambio y muchos otros que, sin ser patriarcales, no se sienten implicados en la lucha por los derechos de las mujeres.

Sin ánimo de menoscabar en absoluto los muchos logros feministas, considero que un error fundamental es la percepción de la masculinidad como un todo monolítico equivalente al patriarcado. Esto nos ha privado de valiosos aliados masculinos que no sólo deberían apoyar la igualdad de derechos y oportunidades sino también liberarse ellos mismos de muchas imposiciones patriarcales. Por esta razón en mi propia práctica como investigadora, centrada en los Estudios de la Masculinidad dentro de los Estudios de Género, hago un constante hincapié en presentarme como activista anti-patriarcal además de feminista.

Baso este posicionamiento en releer el patriarcado radicalmente. A mi entender no es una institución o ideología dedicada a la opresión de las mujeres sino una forma de organización social que privilegia a quienes articulan su vida privada y pública sobre la base de la expresión de un supuesto derecho al poder. Hasta hace relativamente poco, el patriarcado le ha impedido a la mayoría de las mujeres el acceso al poder pero cuando nosotras hemos exigido ser empoderadas invocando ideas feministas hemos constatado con consternación

que la conducta de muchas mujeres se orientaba a la misma acumulación de poder criticada en los hombres. La tesis que vengo defendiendo desde hace años, por lo tanto, es que hay que dejar de lado los esencialismos de género para comprender que las personas se dividen entre las que determinan su conducta por patrones jerárquicos basados en el poder y las que prefieren en su vida pública y privada la colaboración frente al dominio. En ambos grupos se encuentran tanto hombres como mujeres.

La propuesta o llamada que lanzo consiste, por lo tanto, en ir transformando la lucha feminista progresivamente en lucha anti-patriarcal, en la que puedan implicarse tanto las mujeres como los hombres. No se trata de integrar a los hombres en el feminismo sino de separar la masculinidad del patriarcado para que los hombres puedan desarrollar modelos alternativos igualitarios que a la larga dejen el patriarcado en minoría. Para esto necesitamos abrir espacios de educación masculina anti-patriarcal con la colaboración de hombres igualitarios (muchos de los cuales ya están organizados en asociaciones como AHIGE) y dejar de identificar lo patriarcal exclusivamente con lo masculino.

Ofrezco aquí a continuación dos ejemplos de lecturas anti-patriarcales. Por un lado, presento una nueva interpretación de *El Señor de las Moscas* de William Golding (1911-1993) como texto en el que luchan dos modelos masculinos, de los cuales se rechaza el patriarcal, y por el otro lanzo una invitación a leer el libro escrito (con apoyo de la periodista Louise Carpenter) por el activista paquistaní defensor de la educación femenina Ziauddin Yousafzai, *Let Her Fly: A Father's Journey and the Fight for Equality* (2018). Yousafzai, que es consejero especial sobre educación global de las Naciones Unidas y adjunto para temas educativos en el consulado pakistaní de Birmingham en el Reino Unido, es conocido mundialmente por ser el padre de Malala. Esta joven, objetivo de un intento de asesinato por parte de los Talibanes en 2012, se convirtió gracias al activismo inspirado por su padre en la ganadora más joven de la historia del premio Nobel de la Paz. Lejos de quitarle protagonismo a su hija, Yousafzai la homenajea, explicando en este libro valiente y emotivo cómo surgió su propio activismo anti-patriarcal y ofreciendo así un ejemplo a imitar en todo el mundo.

1. Releer los clásicos como textos sobre la masculinidad patriarcal: *El Señor de las Moscas*

Tras releer recientemente la obra maestra de William Golding *El Señor de las Moscas* (1954), simplemente porque hay clásicos que conviene repasar de tanto en tanto, sentí curiosidad por saber si existía una versión que narrara la misma historia, pero con personajes femeninos en lugar de únicamente masculinos tal como ocurre en el libro. Como es bien sabi-

do, Golding narra el naufragio de un grupo de escolares ingleses de entre 6 y 12 años que sobreviven a un accidente de avión, se supone que al ser evacuados de alguna colonia británica en el transcurso de una guerra nuclear. Liderados por Ralph, los chicos logran construir un estilo de vida comunal relativamente funcional en su isla desierta si bien este frágil orden pronto degenera en una violencia brutal y sistemática bajo tutela del fascista Jack, quien no es «a proponent of savage disorder but of stern totalitarian discipline» (Reilly, 1988: 157). Encontré en seguida noticias sobre dos proyectos recientes que describen el libro de Golding con chicas como protagonistas absolutas. Se trata de proyectos que han tenido recibimientos muy diferentes y que dan pie a comentar ideas cruciales sobre la relación entre masculinidad y patriarcado, en especial sobre cómo debería evitarse la confusión habitual relativa a estos dos conceptos.

Por una parte, los cineastas estadounidenses Scott McGehee y David Siegel parecen haber abandonado el proyecto, presentado en Agosto de 2017 y apoyado por el estudio Warner Brothers, de filmar una nueva adaptación cinematográfica sólo con chicas. Hay dos versiones para cine de *El Señor de las Moscas*: una dirigida en 1963 por el conocido director teatral Peter Brook y la otra estrenada en 1990, obra de Harry Hook. Tocaría, así pues, rodar una nueva versión más adecuada a nuestros tiempos. El rabioso debate que se abrió en Twitter dejó bien claro que la idea propuesta por McGehee y Siegel no es la más apropiada para ese reciclaje. Como muestra, uno de los tuits subrayaba que «uhm *Lord of the Flies* is about the replication of systemic masculine toxicity, every 9th grader knows this, u can read about it on sparknotes» (en Harmon, 2017: online). La celebre activista feminista afro-americana Roxane Gay protestó en Twitter que «An all women remake of *Lord of the Flies* makes no sense because... the plot of that book wouldn't happen with all women » (en Harmon, 2017: online, elipsis original). El hilo de comentarios aportados por los lectores del artículo de *The Guardian* que informa de esta fallida adaptación (ver Harmon) son francamente interesantes. El debate, como se puede suponer, se centra en si Golding trata de la humanidad en general o de la masculinidad en especial, y también en si las chicas se comportarían del mismo modo que los chicos. La balanza se inclina hacia la conclusión de que *El Señor de las Moscas* trata más bien de la masculinidad, aunque también hay un notable acuerdo sobre el supuesto de que las chicas son perfectamente capaces de mostrar la misma conducta cruel, paradoja a la que volveré más tarde.

El otro proyecto del que supe es una producción de una obra teatral, escrita por Nigel Williams en 1996, que adapta la novela de Golding para la escena. Esta producción fue presentada entre Septiembre y Octubre de 2018 por la directora norirlandesa Emma Jordan, primero en el Theatr Clwyd de Mold y más tarde en el Sherman Theatre de Cardiff, ambos en

Gales. Se trata, así pues, con disculpas para Jordan, de un estreno de mucho menor impacto que el que podría tener una producción hollywoodiense. El crítico teatral de *The Guardian*, Mark Fisher, alaba en términos generales la puesta en escena de Jordan por ser «muscular and brutal» (2018: online). La directora introdujo dos novedades: la obra ocurre en el presente en lugar de en los años 50 y, aunque todo el elenco es femenino, se han mantenido los nombres masculinos de los personajes, decisión que podría parecer poco eficiente. Con esta estrategia la versión de Jordan se sitúa del lado de otras producciones que han ofrecido, por ejemplo, obras de William Shakespeare como *Hamlet* o *El Rey Lear*, con un reparto en exclusiva femenino, en lugar de ofrecer una reflexión sobre en qué variaría la novela de Golding si las protagonistas fueran chicas. En contra de lo que sugieren los nombres, la crítica teatral Natasha Tripney entiende que los personajes sí son femeninos; según ella, esta versión tiene pleno sentido ya que «there are few things crueller than a schoolgirl –but the production doesn’t capitalise on this premise» (2018: online). Tripney se queja de que a la obra le falta tensión narrativa si bien la aplaude igualmente porque «Jordan’s female-led production makes it clear that violence, tribalism and a *hunger for power* are not –and have never been– the sole preserve of men» (cursiva añadida).

La lección que aprendemos de estos dos proyectos, así pues, es que, aunque las mujeres sí pueden experimentar con los textos escritos por los hombres, cambiando el género de los personajes masculinos originales invocando motivaciones feministas, no es aceptable que los hombres hagan lo mismo ya que se asume automáticamente que el resultado será sexista. Si estuviera en el lugar de McGehee, contrataría a Jordan como guionista y/o directora, y así se podría resolver el dilema de quién tiene derecho a rescribir la novela de Golding. Pienso que una colaboración sería mejor recibida y añadido que valdría la pena hacer una adaptación de alto impacto para cine o televisión sólo con chicas como experimento social para estudiar las reacciones que generaría.

Paso a continuación a analizar cómo se lee habitualmente el género en *El Señor de las Moscas*. De entrada, recalco que, sorprendentemente, no hay ningún artículo académico centrado en el tema de la masculinidad en la obra maestra de Golding, aunque casi todos los críticos que la analizan aluden al género. Como ejemplo, Claire Rosenfield escribió en un libro de 1961 que usa una metodología crítica basada en el psicoanálisis que «If Ralph is a projection of man’s good impulses from which we derive the authority figures –whether god, king, or father– who establish the necessity for our valid ethical and social action, then Jack becomes the externalization of the evil instinctual force of the unconscious» (2010: 100). Se trata de una lectura que no contempla la posibilidad de una masculinidad externa al patriarcado y que asume sin cuestionarlo que el hombre representa lo humano. No es, en todo

caso, una interpretación obsoleta ni excepcional, como demuestra el hecho de que haya sido recogida en una antología publicada en 2010. De hecho, puede provocar gran perplejidad que en 2018 una mujer, Natasha Vashist, publicara un completo análisis de *El Señor de las Moscas* usando *man* y *men* como equivalentes de *human* y sin referirse en absoluto ni a la masculinidad ni al patriarcado. Cuando Vashist escribe que «For Golding man is essentially fallen, his nature diseased, and evil inherent from birth itself» (2018: 41) se aprecia la clara resistencia, incluso entre las mujeres y en plena cuarta ola feminista, a actualizar los vocabularios con los que hablamos de poder y dominación.

Mi propia postura es muy distinta: la novela de Golding no trata sin más de la masculinidad. Trata de cómo la masculinidad *patriarcal* representada por el agresivo, jerárquico Jack y sus cazadores (irónicamente, los componentes del angélico coro escolar) llega a dominar a la masculinidad no patriarcal representada por Ralph, quien propone una convivencia comunal sin agresión. Golding no narra una historia sobre cómo *todos los hombres* reaccionan ante la nueva situación en la isla, sino que cuenta cómo algunos de los chicos, caracterizados por sus obvias inclinaciones patriarcales ya antes del naufragio, aprovechan las circunstancias para imponer su violento estilo de gobernar, destruyendo la norma mucho más racional defendida por otros (en especial por el victimizado Piggy). Por otra parte, es interesante reflexionar no tan sólo sobre una posible relectura con chicas sino también sobre lo que significa su rechazo. En este sentido, Paula Alida Roy comenta, tras analizar la (supuesta) feminización de Piggy y la violenta muerte de la cerda cuya cabeza se convierte en inquietante icono, que «Golding's Hobbesian view of human nature carries with it a whiff of misogyny or at least a suspicion that what women represent has little impact, finally, on culture and civilization» (2003: 177). Con todo, Roy subraya que esta novela tan obviamente alegórica invita al lector a reflexionar sobre «the absence of girls as a symbolic presence and the perils of ultramascularity» (177). Es decir, de la masculinidad patriarcal.

El referente más inmediato al que alude la novela de Golding es *La isla de coral* (título original *The Coral Island: A Tale of the Pacific Ocean*), un clásico juvenil victoriano publicado en 1858 por el autor escocés R.M. Ballantyne. Se trata de una Robinsonada (como se etiqueta a las historias inspiradas por la obra de Daniel Defoe *Robinson Crusoe*, de 1719) sobre tres jóvenes naufragos ingleses que dominan sin problemas las tareas de supervivencia y que salen bien parados de diversos encuentros con malvados miembros de tribus polinesias y con piratas ingleses algo menos fieros. Según apunta Minnie Singh, «Written out of the agonized consciousness of England's loss of global power, *Lord of the Flies* may be read with some accuracy as a parodic rewriting of Ballantyne's *Coral Island*» (1997: 207), de la que toma incluso prestados los nombres de Ralph y Jack (cambiando

Peterkin por Piggy). En esta amarga parodia, la idílica isla de Ballantyne pasa a ser un infierno no porque la naturaleza se resista a ser dominada sino porque los muchachos dejan de reprimir sus peores inclinaciones. Golding decidió atacar la premisa de la bondad innata de los muchachos británicos, sobre todo de los educados en escuelas privadas, por su falta de realismo, haciendo que se manifestara su oculta crueldad a medida que la esperanza de un rescate y del consiguiente retorno a la civilización se disipan. El autor ofreció, en suma, una versión juvenil de la emblemática novela de Joseph Conrad *El corazón de las tinieblas* (1898), con Marlow y Kurtz transformados en Ralph y Jack, pero sin la excusa del atractivo irresistible de la jungla y del misterio de sus primitivos habitantes humanos como inspiración para la degradación moral.

Estoy muy de acuerdo con los críticos que rebajan la importancia del trasfondo escolar de la fábula de Golding, aunque sí es cierto que hay un claro componente de clase social media-alta en su historia. No obstante, dado que esto ayuda a construir mi argumentación, voy a parafrasear la trama con otros nombres masculinos muy conocidos, también de jóvenes estudiantes. Suponed que los chicos perdidos en esta isla desierta son los que estudian en la escuela de Hogwarts creada por J.K. Rowling para la serie *Harry Potter* (1997-2017) y suponed también que la magia no funciona en la isla. Al principio, los niños (que viajaban sin las niñas por la razón que sea) seguramente seguirían las normas acordadas con Harry, basadas en el talante conciliador de su casa, Gryffindor. Sin embargo, en cuanto Draco Malfoy declarara que su casa, Slytherin, debería mandar porque es el hogar de los individuos más asertivos y capaces, se produciría la misma división que se da en *El Señor de las Moscas*.

Tanto Harry como Draco con hombres (o chicos) pero esto no impide que tengan visiones muy diferentes de lo que debe ser la masculinidad, tal como ocurre con Ralph y Jack en la novela de Golding, y entre los hombres de la vida real. Tampoco somos las mujeres un conjunto homogéneo de personas con opiniones comunes, como es fácil apreciar. Lo que Golding critica, así pues, es ese aspecto de la vida social que llamamos maldad pero que es de hecho el recurso a la violencia del patriarcado (aunque hay quien se empeña en llamarlo masculinidad tóxica). Es decir, la novela ataca el impulso de dominación hasta ahora ejercido mayormente por un conjunto importante de hombres (pero no por todos ellos), impulso que, según vamos viendo, es también propio de un conjunto cada vez mayor de mujeres, que siente ansias de poder no para liberarse sino para dominar. Pensad, como ejemplo, en la aspirante a la Presidencia de la República de Francia Marine Le Pen y en lo poco que beneficiaría su posible mandato a las mujeres francesas.

La diferencia entre las masculinidades patriarcales y las no-patriarcales es claramente perceptible en la novela de Golding, incluso a nivel corporal. En el momento en que el pre-

potente Jack aparece liderando a sus obedientes compañeros del coro con su cuerpo bien erguido, sabemos que es un individuo problemático aún sin haber hecho nada reprochable. En su análisis de cómo la presencia o ausencia de ropa simboliza la ley en esta novela, Watt señala que la vestimenta de estos chicos del coro, náufragos medio desnudos pero adornados con insignias, recuerda a un grupo de las juventudes Hitlerianas (2014: 180). Al inicio del tercio final de la novela, cuando la mayoría de los niños ya han decidido unirse a la tribu de cazadores de Jack abandonando así la pacífica recolección de fruta, Ralph le pregunta a su consejero Piggy (cuyo nombre real Golding no revela, pienso que con gran insensibilidad) «¿qué es lo que hace que las cosas se desintegren?» (139). Estos dos chicos angustiados no encuentran una respuesta concreta, pero me permito ofrecerla aquí: las cosas se desintegran porque el individuo patriarcal se cree con derecho a actuar como le parezca, sin respetar a los demás. Esta es la clave de lo que llamamos maldad, un concepto metafísico que parece diseñado para disimular el egoísmo básico patriarcal. Como comentan Fitzgerald y Kayser, «Jack's successful society is dedicated to hunting, war, protection from the beast», que es de hecho un paracaidista fallecido en la isla cuyo cadáver provoca el pánico entre los chicos, «but most importantly to placating Jack's ego» (1992: 81). Los hombres no patriarcales, como Harry Potter o Ralph, no se interesan por el poder ni la dominación porque no creen que tengan derechos especiales ni son egoístas; como son, además, pacíficos, suelen perder la batalla ante los patriarcas. Harry sí gana, al saber usar la violencia de su rival Voldemort en su contra. En cambio, si al final de *El Señor de las Moscas* no hubieran aparecido justo a tiempo unos hombres adultos (presumiblemente de la Armada), Ralph habría sido cazado y asesinado por empalamiento, tal como el esbirro Roger propone y el villano Jack aprueba, en una especie de violación total.

¿Podemos, contemplando este escenario, imaginar una versión femenina de *El Señor de las Moscas*? Por supuesto. Las chicas se dividirían del mismo modo que los chicos en la novela, pero no porque las chicas con en esencia crueles o porque se comportarían como chicos sino porque en todos los grupos humanos hay personas, de cualquier género y descripción, que sienten el atractivo del patriarcado y su promesa de garantizar esos derechos egoístas de los que hablaba. Hasta ahora, insisto, la misoginia patriarcal ha mantenido a la mayoría de las mujeres al margen de la jerarquía de poder, pero a medida que el feminismo nos abre el camino una minoría (quizás de tamaño similar a la minoría femenina activa en el feminismo) se está guiando por sus ansias de dominación, sea personal o comunal.

Michael Dobbs, autor de la trilogía de novelas *House of Cards* adaptada recientemente por Netflix y en los años 90 por la BBC, analiza así la figura de la Primera Ministra Margaret Thatcher (1979-1990), de quien llegó a ser Jefe de Gabinete (1975-1987): «{...}

it was that drive and that anger, that determination, that obsessiveness that drove her on to achieve things which most of her people could not» (Oxford Union Society, 2016: video). Dobbs nos advierte que estas cualidades, que caracterizan a los grandes líderes, a menudo llevan también a la auto-destrucción después de causar, en los peores casos, daños irreparables a la comunidad. Thatcher destacó entre las mujeres de su tiempo y entre las personas de su entorno social de clase media-baja pero su uso del poder fue extremadamente dañino para la clase obrera y no benefició en nada a las mujeres británicas. Por todo ello no me cuesta imaginar a una chica llamada Maggie sustituyendo a Jack en una nueva versión de *El Señor de las Moscas*, y a una chica llamada Katniss (como la heroína de *Los Juegos del Hambre* (2008-2010) de Suzanne Collins) enfrentándose a ella, acompañada por una tal Hermione como la voz de la razón que en la novela de Golding encarna Piggy. Es absurdo, contraproducente e incluso insensato seguir hablando de hombres y mujeres con categorías esencialistas, cuando es evidente que si no hubiera discriminación de género seguiría habiendo seres humanos que intentarían dominar a los demás por satisfacer sus ansias de poder. Pensar lo contrario es de una gran inocencia, e incluso peligroso.

El Señor de las Moscas, hay que subrayar, apareció al final de la primera década de la Guerra Fría y está escrita por un veterano de la Segunda Guerra Mundial (Golding luchó en la Royal Navy). Esta novela conecta, así pues, la barbarie tribal patriarcal de la prehistoria con la barbarie de la supuesta civilización nuclear, que a punto ha estado de acabar con el planeta varias veces. Es obvio, en suma, que el objetivo de la crítica de Golding son los hombres patriarcales, como Jack y como los que inventaron las bombas atómicas, y no la masculinidad entera. Un detalle descorazonador es el hecho de que *El Señor de las Moscas* se publicó el mismo año 1954 en que apareció el primer volumen de la trilogía de J.R.R. Tolkien *El Señor de los Anillos* (1954-55). Mientras el humilde *hobbit* Frodo consigue derrotar al villano Sauron apoyándose en una coalición masculina que se opone a los excesos de poder patriarcal, Golding conduce a Ralph a la peor situación posible al privarlo de sus aliados. Frodo es un héroe, pese a los errores que conducen a su trauma incurable y a su auto-exilio final. Jack, en cambio, es una víctima, aunque al menos logra salvar su vida a diferencia de Piggy y del místico Simon, despezado en un frenético ritual pseudo-religioso. En todo caso, Golding comentó en más de una ocasión que los rescatadores que ponen fin al horror creado en la isla son representantes del militarismo que ha generado el horror aún mayor de un posible holocausto nuclear. Por esta razón Wilson lee la escena final como una derrota, más que una salvación: «Ralph's encounter with the Man-in-Uniform (Jack as grown-up) on the beach reveals the truth of the historical (and legal) line of succession from the 'primitive' to the 'modern' society, both premised upon the ritualistic deployment of violence» (2014: 173).

Las distopías como *El Señor de las Moscas* nacen de un profundo desespero que nos vuelve cínicos y por ello su actual proliferación es tan preocupante. Si se desea rescribir la obra maestra de Golding hay otros modos de hacerlo mucho más productivos, empezando por imaginar una comunidad de niños racialmente variada y con identidades de género diversas. La historia se puede centrar en cómo Jack y Maggie intentan establecer un patriarcado tribal, racista, heteronormativo y violento sólo para ser derrotados por la potente alianza entre Ralph, Katniss y Hermione, y el resto de la comunidad de niños y niñas. Se puede escoger color e identidad para los tres y para el resto. Si esta trama funciona, Jack y Maggie acaban aislados en un rincón de la isla donde, dado que no son capaces de aceptar otro modo de ver las cosas, acaban asesinándose el uno al otro, creyendo que el superviviente podrá liderar la comunidad. Mientras, el grupo construye una comunidad democrática basada en el respeto y la tolerancia mutua, sin caza ni violencia. Todo funciona tan bien que cuando llegan los adultos a rescatarlos deciden quedarse, o incluso exportar el modelo al resto del mundo.

Esta utopía puede parecer tan ramplona y sentimental como *La isla de coral*, pero ése es nuestro problema básico: nuestro profundo pesimismo distópico anula nuestra imaginación y nos hace caminar en círculos, más bien viciosos, debatiendo los peores rasgos de la masculinidad y de la feminidad, mientras los y las patriarcas se ríen de nosotros. Y lo que es peor, nos dominan sin que opongamos suficiente resistencia. Sería ya hora de cambiar de estrategia.

2. El camino de la auto-liberación: Ziauddin Yousafzai y el activismo anti-patriarcal

Antes de analizar las memorias de Yousafzai, quisiera comentar brevemente otro volumen mucho más conocido, aunque quizás no tanto como debería. Me refiero a *Refusing to Be a Man* (1989) de John Stoltenberg, obra que recoge diversas piezas y que ha pasado por diversas revisiones, incluyendo una nueva edición en 2005. Stoltenberg (californiano nacido en 1944) aprendió su feminismo radical de su pareja, Andrea Dworkin (1946-2005), con la que llegó a casarse en 1998 tras tres décadas de convivencia pese a que él se identificaba como homosexual y ella como lesbiana. Comento el dato no por afán de cotilleo sino por dar una idea de la singularidad de este hombre, como persona y como activista.

La tesis que anima *Refusing to Be a Man* es controvertida: dado que la masculinidad es una construcción patriarcal, la solución para no participar del patriarcado es dejar de identificarse como hombre. Para aclarar conceptos, Stoltenberg explica que el patriarcado, o 'supremacismo masculinista', es «the social system of rigid dichotomization by gender through

which people born with penises maintain power in the culture over and against the sex caste of people who were born without penises» (2000: 41). Encuentro esta definición limitada ya que muchos poseedores de penes son víctimas patriarcales (hombres gays o trans, y otros heterosexuales), mientras que, insisto, muchas poseedoras de vaginas son patriarcales en mentalidad y conducta, aunque no ejerzan tanta violencia física. Stoltenberg comenta que su llamada a dejar de ser hombre se encontró con «a mad dash away from it, a mass retrenchment, a counter-refusal, as it were, refusing to refuse to be a man» (2000, 1989: xviii), como era de suponer.

Stoltenberg avisa que incluso entre los académicos que formaron el campo de los Estudios de las Masculinidades, como respuesta positiva al feminismo a partir de los 90, se da «a form of resistance to radical feminist critique of manhood as such» ya que «Without full cognizance of manhood's underlying lie –the structurally intrinsic political dominance without which manhood has no social or subjective meaning– the 'masculinities' approach serves theoretically only to deceive another generation yet one more time» (2000, 1989: xviii). Soy consciente del problema, siendo usuaria de la metodología de los Estudios de las Masculinidades, pero valoro que de ellos proviene la propuesta de intentar que la masculinidad patriarcal deje de ser la hegemónica. Sobre todo, ofrecen la valiosa idea de que la masculinidad no tiene por qué ser patriarcal ya que hay otras maneras de ser hombre que no pasan por la obsesión con el poder ni por ser juzgado con valores que ni se aceptan ni se practican.

Hay, según advierto, un consenso notable sobre cómo deben participar los hombres en el feminismo: no como feministas, al no tener la experiencia de ser mujer, sino como aliados. Estoy mucho más interesada en sumar que en restar fuerzas y soy más bien partidaria de un frente común anti-patriarcal con todo tipo de personas. No obstante, debo señalar que hay un gran vacío en la investigación feminista: no se conocen bien las razones que llevan a hombres específicos a adquirir una concienciación pro-feminista y anti-patriarcal, ni se promueve su investigación. Cada vez que menciono esta carencia, se me responde que las razones por las cuales los hombres deberían apoyar el feminismo son obvias: se trata de justicia. No hay, por consiguiente, necesidad alguna de prestar especial atención y mucho menos de homenajear a los hombres que han apoyado o apoyan la causa feminista. No puedo discrepar más.

Ha habido muchos hombres que han sido aliados convencidos por razones éticas, religiosas, de justicia, políticas, sindicales, etc. En muchos casos, si no en la mayoría, su abandono del patriarcado ha sido motivado por lealtad, como explica Stoltenberg:

(...) loyalty to a particular woman in their lives –a mother, a lover, a cherished friend– someone who has brought them to an intimate, almost insider's view of what life for women is like under male supremacy. These men have made a vow to stand beside her and not abandon

her, to wholeheartedly be her ally. For such men, loyalty to a woman's life is experienced as a profound form of intimacy (not a threat to selfhood, as it might be for other men). (2000, 1989: xxviii)

Stoltenberg posiblemente se refiere secretamente aquí a Andrea Dworkin pero, en cualquier caso, la intimidad que permite comprender la discriminación es una constante en la biografía de los hombres que han renunciado al patriarcado. Los dieciséis hombres españoles entrevistados por Nuria Casado en el reciente volumen *Hombres por la igualdad* (2017) aluden en todos los casos a sus madres como inspiración y ejemplo a seguir, pero también en muchos casos como víctimas cuya situación les hizo rechazar de plano el machismo patriarcal. Stoltenberg pide, sobre todo, que seamos personas humanas más allá de nuestro género e identidad, pero manifiesta como hombre que «The pride to which we aspire is not in being *men* but in being *men who...* –men who are living their lives in a way that will make a difference. We must be transformers of selfhood –our own and others» (177, elipsis y cursivas originales). Me sumo, como mujer a este ideario, esperando ser también una *mujer que...*

La transformación, así pues, es doble y circular: el hombre empático que comprende la injusticia del supremacismo masculinista patriarcal, toma consciencia de su privilegio y, una vez asumido éste, se plantea cómo puede renunciar a él y cómo puede mejorar la vida de las mujeres en su entorno. Si el patriarcado que lo rodea es moderado quizás no llegue a desarrollar una consciencia anti-patriarcal firme, pero si es de alta intensidad este hombre hipotético sí desarrollará un posicionamiento no sólo pro-feminista (que ayude a liberar a las mujeres de su opresión) sino también anti-patriarcal (que se oponga al poder masculinista y persiga modificar la actitud de otros hombres patriarcales). En este modelo encaja Ziauddin Yousafzai, así como muchos otros hombres que no aceptan que el patriarcado limite los derechos de las mujeres, ni los suyos propios como hombres. Es una cuestión básica de derechos humanos y también, como indica Isaías Lacuesta, de responsabilidad personal: «Si la educación fuese la única responsable sería muy difícil de explicar que personas educadas en familias patriarcales, en un sistema educativo machista y en una sociedad de privilegio masculino, hayamos adquirido una conciencia feminista» (en Coronado, 2017: 124).

Se supone en las alas radicales del feminismo que, como decía, no hay que admirar a ningún hombre por apoyar la lucha feminista, y también que cuando las mujeres consiguen logros lo hacen por sí mismas y en constante oposición a todos los hombres. Se infravalora de este modo el apoyo de padres, hermanos, otros hombres del círculo familiar, amigos, compañeros de trabajo o empleadores, etc. a quienes se ningunea de modo inexplicable. Algunos casos sí atraen mucha atención, como el de J.S. Mill (1806-1873), primer parlamentario

británico en pedir el voto para las mujeres y autor de la imprescindible obra *The Subjection of Women* (1869). La mayoría, no obstante, son desconocidos. Si, como hice, se toma la Wikipedia y se parte de la lista de sufragistas (o feministas de primera ola) y se van leyendo sus biografías, se va formando una lista muy interesante de aliados masculinos. Opino que sería muy importante examinar sus trayectorias personales y averiguar qué les motivó a oponerse al patriarcado en momentos muy diferentes al actual. En comparación, que un hombre se declare hoy feminista es mucho más sencillo, aunque llama la atención que aún sea fuente de debates tan intensos.

El valor del ejemplo que estos hombres dan es inestimable pero un problema a la hora de analizarlo es que no hay demasiados textos en los que los hombres hablen de su masculinidad anti-patriarcal y pro-feminista, de modo socialmente útil, por una sencilla razón: esta masculinidad alternativa sólo se puede desarrollar desde la serenidad, es decir, sin miedos misóginos ni homófobos a parecer poco hombre. La mayoría de los libros sobre la masculinidad escritos por hombres, sean progresistas o conservadores, son textos rabiosos que inspiran rabia, tanto entre las lectoras feministas como entre los hombres patriarcales, sin que consigan ayudar a los hombres desde una perspectiva constructiva. Sólo hay que leer los furiosos comentarios en Amazon.com y GoodReads contra *Angry White Men* (2017), obra del sociólogo y especialista muy conocido en Estudios de las Masculinidades Michael Kimmel, para comprender que su crítica sin paliativos contra el hombre patriarcal es incapaz de persuadir a nadie. El discurso actual en torno al género está además fuertemente contaminado por radicalismos machistas y feministas que no invitan al diálogo en absoluto, y que parecen más interesados en mantenerse en las trincheras que en cooperar. Hay que buscar, por lo tanto, textos que hablen desde la serenidad, con una voz masculina abierta a la auto-crítica pero también satisfecha con los logros conseguidos.

Esto es lo que ofrece *Let Her Fly: A Father's Journey and the Fight for Equality*. Ziauddin Yousafzai irradia orgullo por todos sus poros, pero no por ello deja de examinar los aspectos más complicados de su familia: su relación con su propio padre, la posición en la sombra de su esposa Pekai, y el impacto sobre la vida de sus dos hijos, Kushal y Atal, de su devoción por Malala, la hermana mayor. No se puede, reconoce el autor, luchar con éxito en todos los frentes, pero hay que intentarlo.

Empezaré por comentar portada y título. Se ve en la fotografía a un padre sonriente de mediana edad, con su hija veinteañera apoyada en su hombro, en actitud cariñosa. El padre aparece erguido y la hija reclinada, pero, sabiendo quiénes son, no hay modo alguno de confundir la postura de ella con sumisión. Al contrario: la foto connota confianza, complicidad, naturalidad e intimidad; es, en suma, un acto de rebeldía contra todos los patriarcas que

intentaron acabar con la vida de Malala. El título *Let Her Fly*, indica a su vez el deseo de dar alas a la hija y la dificultad de aceptar como padre amoroso que ella ya vuela por su cuenta, y a muy gran altura. El subtítulo *A Father's Journey and the Fight for Equality* presenta la evolución de Ziauddin (nacido en 1969) como un viaje emprendido principalmente como padre pero iniciado, según narra el libro, como hermano privilegiado a costa de sus hermanas y como hijo en conflicto con el padre, un patriarca de tipo duro pero, al cabo, transformable.

Diría incluso que esa lucha por la igualdad del subtítulo que articula el viaje de Ziauddin tiene su momento culminante no en el premio Nobel de la hija Malala, en 2014 con tan sólo diecisiete años, sino en la transformación del antiguo patriarca en orgulloso abuelo de su nieta. Rohul Amin Yousafzai, conocido orador, era profesor de teología en una escuela secundaria e Imán de la mezquita local. Pese a ser un activista en defensa de la escolarización pública, como lo es su hijo, cuando nació su nieta Malala se negó a pagar la celebración por tratarse de una niña. Ziauddin, herido por este desaire pero generoso con su padre, escribe que a la larga «My father saw the special qualities in Malala. Saw how much we respected her and valued her, and because of this he discovered that a girl is just as worthy as a boy» (2018: 54). Es un cambio que muchos hemos visto muy de cerca en España pero que no se narra lo suficiente y que deberíamos valorar más abiertamente.

El testimonio de Yousafzai es especialmente valioso porque parte de una experiencia personal en un país profundamente patriarcal, Pakistán, y donde no existían modelos públicos masculinos diferentes. «As a child», escribe en el Prólogo, «I grew up believing society's patriarchal ideas. Only in my teenage years did I begin to question everything I had taken for granted» (16). La reclusión de sus hermanas adolescentes en el hogar familiar, la vida trágica de una prima malcasada y, curiosamente, las tareas del joven Ziauddin como escribiente de cartas dictadas por madres analfabetas dirigidas a sus hijos emigrados a los países del Golfo Pérsico, iniciaron un proceso gradual de auto-educación. «When men and boys are aware of what women face», Yousafzai reflexiona, «when they take measures to make the lives of women and girls easier, it is not patronizing to these women and girls, but rather it is offering much-needed support, based on values of decency and humanity» (97). Sólo al empezar su nueva vida (o exilio) en Gran Bretaña, tras el atentado contra Malala, supo Ziauddin de la existencia del feminismo.

Estas memorias nos recuerdan también que, en un entorno patriarcal, «children as well as women are seen as possessions of their parents» (46), incluyendo también a los varones. Ziauddin no quería ser una posesión, ni seguir el camino soñado para él por su padre (ser un distinguido médico), pero tampoco quería apartarlo de su vida, por la sencilla razón de que ama a su progenitor. También lo temía por su mal carácter, hasta el punto de desarrollar una incontrolable tartamudez que empeoraba en su presencia. Viéndose despreciado

al no estar las notas del adolescente Ziauddin a la altura de lo esperado, su dolor fue muy profundo: «Sometimes I wept in frustration, but I accepted circumstances for what they were because I knew that my father could not help the way he was» (45). La solución que el hijo encontró a la inflexibilidad paterna fue «to try to make him proud by achieving the dreams I dreamed for myself» (46). La clave, como se ve, consiste en modificar la relación paterno-filial de manera que el padre aprenda a respetar al hijo, cuya conducta se basa en la máxima de que «confidence creates more confidence» (28).

Como no podía ser de otro modo dada la profesión del abuelo y del padre como educadores, la familia de Malala se caracteriza por una creencia absoluta en la meritocracia. Lo curioso del caso es que Ziauddin atribuye a su madre analfabeta, más que al padre, su propio amor a la educación, posiblemente porque de ella aprendió que la educación de un hombre debe ir acompañada también de «unconditional kindness» (36). El testimonio de la hija Malala en el prefacio subraya la amabilidad de su padre y, sobre todo, el respeto con el que trata a todo el mundo, que es también la base de su práctica pro-feminista.

Lo más radical que hizo Ziauddin en su juventud fue reinventar las reglas del patriarcado pakistaní y de su cultura pastún en su propia familia, casándose con la joven Pekai por amor (rechazando ambos la tradición del matrimonio concertado) y tratándola en público y en privado como su igual, sin obedecer el *pardah* (o separación de la esposa de cualquier compañía masculina). La pareja se enfrentó a numerosos conflictos, empezando por el hecho de que, según comenta Ziauddin, su esposa tuvo que desaprender «old ideas about the difference between boys and girls» (92) antes de liberarse de su propia mentalidad patriarcal. Extrañamente, pese al apoyo dado en todo momento a la escuela abierta por su marido, y a la escolarización de niñas en ella, incluyendo a su hija Malala, Pekai mantuvo su analfabetismo hasta que tuvo que aprender inglés ya en Birmingham. Ziauddin la describe como una activista instintiva y natural, capaz de ejercer una influencia personal y directa sobre otras personas con su calidez más que con su oratoria, calidez que valora como arma de persuasión fundamental.

Sobre la dinámica de su propia familia, Ziauddin escribe que fue muy consciente de tener que ser un modelo para sus hijos varones: «If Kushal and Atal could see me treating their mother and their sister with respect and a sense of equality, then that would help groom them to be the kind of men who would practice the same respect for the next generation. That is how I believe social change comes about. It starts with you» (62). El comentario en sí es significativo porque se refiere a la conducta de los chicos hacia las mujeres de la casa, pero no a la relación con el padre. El hermano pequeño, Atal, entonces de catorce años, comenta sobre su hermana que «People might say I am in her shadow, but I think rather that I am in her class. I am in the class of Malala, and learning from her» (88), lo que parece indicar

que ha gestionado bien el problema de cómo no sentirse abrumado por la fama de la joven. Hay que imaginar, no obstante, el trauma que debió ser para este niño y su hermano verse arrastrados a una Gran Bretaña totalmente desconocida de repente y en medio de la crisis que supuso el atentado. Ziauddin mantiene que «I feel that empowering girls must not come at the expense of disempowering boys» (68) si bien reconoce que como padre de hijos varones reprodujo patrones patriarcales tradicionales que ya había eliminado de la relación con su hija. Mientras la hija demostraba una inteligencia extraordinaria para cualquier persona de su edad, los hijos, según pensaba el padre, no hacían todo cuanto podían, situación que creó tensiones con ellos. Al darse cuenta Ziauddin de que estaba repitiendo la conducta de su propio padre con él mismo, cedió: «As I let go of my expectations of them and my old view of what a son should be, they became my friends» (84).

Ziauddin escribe que, sin la educación recibida, su hija, de veintiún años entonces, sería una joven casada y seguramente madre de dos hijos, en lugar de una universitaria de Oxford con un Premio Nobel. Hay sin duda algo de Pígalión en sus palabras y hay que reconocer que Malala es, en parte, la realización de una fantasía paternal. Para empezar, el padre le dio a la hija el nombre de una heroína, «Malalai of Maiwand, the female Pashtun fighter who died on the battlefield for her cause» (126) La talibanización del valle del Swat (al noroeste de Pakistán) donde la familia residía, iniciada en 2007, llevó a la abolición de la educación de las niñas a partir de 2009. Ziauddin convirtió su escuela en centro de resistencia e hizo cuanto pudo para convertir a Malala en una potente voz pública. La niña, de sólo once años, empezó a escribir bajo el pseudónimo de Gul Makai un diario (en urdu) sobre la vida bajo el régimen Talibán, difundido con gran impacto en internet a través de Abdul Hai Kakar, periodista amigo del padre y empleado en la delegación de la BBC pakistaní.

Malala prosiguió su defensa de la educación femenina, labor reconocida en 2011 con la nominación al Children's Peace Prize del Arzobispo Desmond Tutu y la distinción nacional pakistaní del National Youth Peace Prize (hoy National Malala Peace Prize). Ziauddin explica que había asumido la posibilidad de su propia muerte ejecutado por los Talibanes pero que jamás pudo imaginar que Malala sería atacada. El 12 de Octubre de 2012 un joven Talibán le disparó en la cabeza cuando Malala iba camino de la escuela, si bien una combinación de suerte y de prodigiosa intervención médica logró no sólo salvarle la vida sino también las facultades mentales. Tanto Fazal Hayat (conocido como Mullah Fazlullah), el cabecilla que ordenó el ataque, como los diez jóvenes miembros del escuadrón han muerto, el primero por acción de un dron estadounidense, los demás en una operación conjunta de la policía y la inteligencia militar pakistaní. Esta espiral de violencia patriarcal no es el tipo de justicia que Malala merece sino una prueba más de las dificultades para erradicar la

violencia en todos sus frentes. No sirve tampoco para comprender por qué del mismo país, incluso del mismo valle, pueden surgir masculinidades tan diametralmente opuestas como las de Ziauddin Yousafzai y Fazal Hayat.

Una cuestión que merece también ser considerada es el tema de la clase social. Yousafzai comenta que muchos hombres patriarcales de su país admiran sin reparos a mujeres de clase alta, tales como Benazir Bhutto (Primera Ministra en 1988-90 y en 1993-96). Hija de Zulfikar Ali Bhutto, Presidente (1971-73) y Primer Ministro (1973-77) de Pakistán, Benazir fue la primera mujer en gobernar un país islámico, entre grandes controversias y constante oposición. Fue asesinada en 2007 en un acto criminal cuyos culpables aún no han sido establecidos, aunque se sospecha que cayó víctima de una conspiración orquestada por el entonces Presidente, el General Pervez Musharraf. El ataque sufrido por Malala estableció estrechos vínculos entre ella y la figura de Bhutto, si bien por su origen social ambas son muy distintas. De hecho, Yousafzai se queja muy amargamente de que los hombres corrientes no son capaces de ver a sus hijas en el papel de futuras líderes:

It is as if these big powers, big jobs, big titles are just meant first for men and then for empowered rich women. This was not how I saw it for Malala and her future. Because if a parent does not give a child the space to think anything in life is possible, it is an uphill struggle for the child to believe in her own potential. (125)

Yousafzai hace aquí una llamada no ya a construir un feminismo activo sino también a atacar la diferencia social que privilegia sólo a las hijas de padres en posiciones de poder. No se trata tan sólo de darle alas a las niñas para romper barreras de género sino de romper también barreras sociales a través de una meritocracia igualitaria que, como nos recuerda el padre de Malala, tampoco puede desatender a los chicos. No se puede, en suma, caer en el error de perpetuar privilegios invocando un feminismo anti-democrático o anti-social que pueda aupar a posiciones de poder a mujeres en el fondo patriarcales a costa de la meritocracia que puede rescatar a las (y los) demás de la injusticia. Y es fundamental que se impliquen en esta lucha los padres como Ziauddin Yousafzai, desde posicionamientos anti-patriarcales que puedan atraer a los demás hombres.

Conclusiones

He ofrecido aquí dos propuestas muy distintas para reconducir la lucha feminista hacia una lucha anti-patriarcal en alianza con los hombres que deseen defender los derechos humanos de todas y todos.

Por una parte, he releído *El Señor de las Moscas* para argumentar que es imprescindible leer los textos que tratan sólo sobre hombres como textos sobre la masculinidad, y no sobre la naturaleza humana, y también que es importante distinguir la masculinidad patriarcal de la masculinidad alternativa anti-patriarcal. Por otra parte, y asumiendo el riesgo de caer en una contradicción, he defendido la tesis de que las conductas patriarcales no son sólo masculinas, sino que, a medida que el feminismo empodera a las mujeres, descubrimos también conductas patriarcales entre las mujeres, es decir, conductas interesadas en la dominación y la explotación.

En la segunda parte, he valorado altamente *Let Her Fly*, las memorias del activista paquistaní Ziauddin Yousafzai, porque nos permiten conocer de primera mano cuáles son los factores que hacen que un hombre pueda evolucionar desde posiciones patriarcales a un activismo pro-feminista y anti-patriarcal de gran impacto. Entre estos factores juega un papel principal, como defiende John Stoltenberg, la lealtad hacia las mujeres que sufren opresión patriarcal pero también la constancia en la propia reeducación y la responsabilidad personal. También la voluntad de reinventar las reglas de la convivencia familiar.

Espero que ambas propuestas generen un debate positivo y constructivo.

Obras citadas

- CORONADO, Nuria (2017). *Hombres por la igualdad*. Madrid: LoQueNoExiste.
- FISHER, Mark (1 Octubre 2018). «*Lord of the Flies* Review: All-female Cast Tears up Public School Rulebook», en *The Guardian*. Disponible en: <https://www.theguardian.com/stage/2018/oct/01/lord-of-the-flies-review-theatr-clwyd> (Fecha de consulta: 1/2/19).
- FITZGERALD, John F. y John R. KAYSER. (Primavera 1992) «Golding's *Lord of the Flies*: Pride as Original Sin». *Studies in the Novel* Vol. 24, N° 1, pp. 78-88.
- GOLDING, William (1954). *Lord of the Flies*. Nueva York: Perigee.
- HARMON, Steph (31 Agosto 2017). «'Someone Missed the Point': *Lord of the Flies* 'All Girls' Remake Spawns Social Media Backlash», en *The Guardian*. Disponible en: <https://www.theguardian.com/film/2017/aug/31/lord-of-the-flies-remake-to-star-all-girl-cast> (Fecha de consulta: 1/2/19).
- KIMMEL, Michael (2017). *Angry White Men: American Masculinity at the End of an Era*. Nueva York: Nation Books.

- OXFORD UNION SOCIETY (18 Agosto 2016). «Michael Dobbs: Full Q & A», en *YouTube*. Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=clzYzZBShBI> (Fecha de consulta: 1/2/19).
- REILLY, Patrick (1988). «*Lord of the Flies*: Beelzebub's Boys». *Literature of Guilt: From Gulliver to Golding*. Basingstoke: Macmillan, pp. 138-161.
- ROSENFELD, Claire (2010). «Men of a Smaller Growth: A Psychological Analysis of William Golding's *Lord of the Flies* (*Literature and Psychology*, 1961)». Harold Bloom & Blake Hobby (eds.), *The Taboo*. Nueva York: Bloom's Literary Criticism, pp. 99-112.
- ROY, Paula Alida (2003). «Boys' Club-No Girls Allowed: Absence as Presence in William Golding's *Lord of the Flies* (1954)». Jerilyn Fisher & Ellen S. Silber (eds.), *Women in Literature: Reading through the Lens of Gender*. Westport, CT: Greenwood, pp. 175-177.
- SINGH, Minnie (Enero 1997). «The Government of Boys: Golding's *Lord of the Flies* and Ballantyne's *Coral Island*». *Children's Literature* Vol. 25, N° 1, pp. 205-213.
- STOLTENBERG, John (2000, 1989). *Refusing to Be a Man: Essays on Sex and Justice*. London: UCL Press.
- TRIPNEY, Natasha (27 Septiembre 2018). «*Lord of the Flies* Review at Theatr Clwyd: Female-led Production Lacks Tension», en *The Stage*. Disponible en: <https://www.thestage.co.uk/reviews/2018/lord-flies-review-theatr-clwyd/> (Fecha de consulta: 1/2/19).
- VASHISHT, Natasha W. (2018). «'A Secure But Partly Demented Society': Reconsidering Human Depravity in William Golding's *Lord of the Flies*». John J. Han, Clark C. Triplett & Ashley G. Anthony (eds.). *Worlds Gone Awry: Essays on Dystopian Fiction*. Jefferson, NC: McFarland & Company Publishing, pp. 39-55.
- WATT, Gary (Noviembre 2014). «The Law of Dress in *Lord of the Flies*». *Law and Humanities* Vol. 8. N° 2, pp. 174-191.
- WILSON, Eric (Noviembre 2014). «Warring Sovereigns and Mimetic Rivals: On Scapegoats and Political Crisis in William Golding's *Lord of the Flies*». *Law and Humanities* Vol.8, N° 2, pp. 147-173.
- YOUSAFZAI, Ziauddin con Louise CARPENTER (2018). *Let Her Fly: A Father's Journey and the Fight for Equality*. Londres: WH Allen.